

LA HOSPITALIDAD EN EL INTERIOR DEL MONASTERIO

Antes que nada, agradecer la invitación y la confianza de S. Judith Ann que me invitó a este encuentro. Es la tercera vez que vengo al Simposio. Las dos primeras veces vine como traductora; por eso, esta vez, un saludo especial para ellas.

En esta exposición voy a compartir con vosotras una reflexión que surge de la constatación diaria de la dificultad que supone la hospitalidad dentro de la comunidad, y del sufrimiento que esto conlleva. Surge de experiencias de fracaso y de dolor. Y surge, también, de la constatación y experiencia gozosas de muchos pequeños y grandes gestos de hospitalidad, maravillas de amor, que he visto a lo largo de los años entre mis hermanas de comunidad.

Lo hago desde mi experiencia personal y comunitaria en mi monasterio y también desde el compartir con monjas y monjes de otras comunidades, algunas ya cerradas. Lo hago también desde mi formación en teología y en el ámbito de la psicología humanista y la filosofía experiencial quienes me han prestado sus palabras para ir comprendiendo y caminando mi camino personal y monástico.

Destaco un principio básico para mí: las dificultades que nos encontramos a la hora de acogernos las unas a las otras en la comunidad no son un problema que dificulta nuestra vocación; no son aquello sin lo cual podríamos ser monjas sin problema. Las dificultades en acogernos las unas a las otras tampoco son el precio a pagar para vivir en la comunidad. Para nosotras, acogernos las unas a las otras es nuestra vocación, nuestra misma vocación. Nosotras elegimos buscar a Dios en comunidad, igual como otras personas cuya vocación se encarna, por ejemplo, en el ámbito sanitario, buscan o sirven a Dios en los enfermos. Ellas no esperan tratar con personas sanas, sino con personas enfermas que necesitan curación. Así, nuestra vocación es encontrar a Dios en la misma relación con las hermanas, en las relaciones comunitarias, tal como son. Es en ellas donde nos descubrimos a nosotras mismas y descubrimos la misericordia de Dios para cada una. Nuestra vocación es vivir el Reino de Dios aquí en la tierra, en la comunidad, con nuestra comunidad.

Un segundo principio: La hospitalidad, según lo dicho, no es pues un lujo, no es algo de más que añadir a mi ser monja, a mi programación, a mi tiempo de trabajo o de oración. Tampoco es algo para algún tipo de hermanas que tienen mejor carácter que yo. Es la posibilidad misma de la existencia de toda persona y de la comunidad. La hospitalidad es la acogida mutua que nos ofrecemos las unas a las otras para sostenernos en nuestra manera única de ser y así crear comunidad (RB 72). La hospitalidad generalizada es la paz en el sentido bíblico, como veremos más adelante.

Y tercer principio: no podemos dar hospitalidad más allá de la hospitalidad que somos capaces de recibir.

“El descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tengo el deber de cuidado y de la custodia, destruye mi relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra. Cuando todas estas relaciones son descuidadas, cuando la justicia ya no habita en la tierra, la Biblia nos dice que la vida está en peligro” (Papa Francisco, LS, 69)¹.

Y sin embargo, en el día a día, mi hermana se me presenta a menudo como una extranjera, alguien mucho más alejada de mi que la mayoría de personas amables y sensatas que pasan por la hospedería. A pesar de dormir a pocos metros de ella y de comer justo enfrente suyo, siento a mi hermana a kilómetros de distancia, y estoy segura de que muchas cosas de mi vida irían mejor sin ella. Mi hermana a veces se convierte en alguien que me puede quitar espacio, recursos, reconocimiento, posibilidades, mi tranquilidad, mi precioso tiempo. O alguien que me puede dar trabajo o problemas. Alguien que me puede fallar, maltratar o herir, y por lo tanto, alguien de quien debo protegerme para que no me vuelva a lastimar. La otra, mi hermana, con quien comparto mi proyecto de vida, a veces es vivida por mi como una extraña, e incluso, a veces, como una enemiga.

¿Por qué es tan difícil entendernos? ¿Por qué es mucho más fácil relacionarme con la gente de fuera de la comunidad que con mis hermanas? ¿No sería mejor elegirme yo mis hermanas? Y, a otro nivel, ¿cómo podemos ser tan incoherentes con nuestra fe y seguir peleadas después de orar juntas y participar en la misma eucaristía, donde Jesús se da por nosotras por amor?

Son innumerables los estudios publicados que nos ayudan a entender la complejidad de las relaciones humanas y ofrecen pautas prácticas para vivirlas mejor. De ellos destaco algunos elementos que me parecen importantes:

1. Las relaciones humanas, como toda realidad humana, son don y tarea. Y para esta tarea, hay herramientas que facilitan su comprensión y su manejo. Igual como conocer las normas de circulación facilita el llegar al destino evitando accidentes y heridos; así también, conocer herramientas de comunicación facilita la comprensión entre las personas y evita heridas innecesarias.
2. Somos diferentes, cada una tienen una manera de ser distinta y cada manera de ser es igualmente buena. No hay ningún estilo de personalidad que sea mejor que otro y todos pueden contribuir, desde su propia manera de ser, al buen funcionamiento de un grupo.
3. La relaciones necesitan nuestro tiempo y nuestra dedicación para que funcionen. Es necesario conocer el universo de la otra persona, así como compartir el propio, para poder entendernos.
4. Las relaciones mejoran mejorando la relación. Con esto quiero decir que la solución siempre es una mejor relación. No podemos prescindir de las relaciones,

¹ En esta cita del Papa Francisco aparece la dimensión de la tierra. Por un tema de extensión, en esta exposición solamente trato la hospitalidad personal, pero la hospitalidad tal como la presento incluye a toda la creación y toda circunstancia.

lo que necesitamos es mejorar su calidad. Una relación herida se cura con una relación saludable.

5. La relación es una aventura donde dejo mi lugar de partida seguro y conocido, cosa no fácil, y me adentro en un paisaje nuevo, más amplio, del que se saldré diferente y enriquecida.

El cuento del águila y la gallina

Dejadme empezar con un cuento que muchas quizás conocéis y que da nombre al título de un libro de Leonardo Boff donde lo explica². Yo os lo cuento con alguna pequeña modificación. James Aggrey, nacido en Ghana en el siglo XIX fue un hombre que hizo una gran contribución a la educación de su pueblo y como precursor del nacionalismo en su país. Fue James Aggrey quien contó este cuento en una ocasión en que había una reunión de líderes populares. En esa reunión se debatía el tema de la colonización inglesa. Entre los líderes había división: unos querían la liberación de Ghana por la vía armada, otros la liberación por la vía política, otros se conformaban con la colonización como el resto de países de África, y otros estaban a favor de la colonización porque creían que les traía más modernidad y progreso. Cuando James Aggrey vio que algunos líderes empezaban a apoyar a la causa inglesa, se levantó y empezó:

“Érase una vez un campesino que salió al campo y encontró un pájaro joven. Lo que encontró era un aguilucho. Lo recogió y al llegar a casa lo dejó en el corral con las gallinas que tenía. Pronto el aguilucho aprendió a comer y a beber como las gallinas. Fueron pasando los años y el águila iba creciendo, mucho más que las gallinas. Pero nada cambió. Comía como ellas, bebía como ellas, se movía como ellas.

Al cabo de unos años, el campesino recibió la visita de una bióloga amiga, y, mientras paseaban por la granja, vio que entre las gallinas había una hermosa águila.

- Este pájaro que tienes en el gallinero no es una gallina, ¡es un águila! exclamó.
 - Si, ya lo sé—dijo el campesino—es un águila. Pero la he criado como una gallina y ahora ya no es un águila, es una gallina. Aunque tiene unas alas de casi tres metros, se ha transformado en una gallina como las otras.
 - No—dijo la bióloga —es y será siempre un águila. Tiene corazón de águila. Y este corazón le hará volar un día a las alturas.
 - No te hagas ilusiones—insistió el campesino—se convirtió en una gallina y ya no volará nunca como un águila.
- Entonces decidieron hacer una prueba. La bióloga cogió el águila, se lo puso encima del brazo, tan alto como pudo, y retándola le dijo:
- Ya que eres un águila y no una gallina, ya que estás hecha para volar y atravesar los cielos y no para estar todo el día por tierra, ¡extiende las alas y vuela!

² Boff, L. El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana. Trotta, Madrid, 1996.

El águila estuvo un rato sobre el brazo de la bióloga. Miraba a su alrededor, distraída, mirando un poco por todas partes. Después bajó la cabeza y vio a las gallinas debajo, picando el grano, saltó del brazo al suelo y se fue junto a ellas.

El campesino le comentó:

- Ya te lo había dicho, se ha convertido en una gallina.

-No—insistía la bióloga—es un águila. Y un águila siempre es un águila. Volveré mañana y lo volvemos a probar.

Al día siguiente, la bióloga volvió. Cogió el águila y la llevó a la parte alta del gallinero. Y le dijo:

- Águila, ya que eres un águila y estas hecha para volar y atravesar los cielos, abre tus alas y ¡vuela!

El águila estuvo un rato mirando el paisaje que tenía desde lo alto del gallinero, también distraídamente, y cuando vio a las gallinas abajo picoteando grano, automáticamente dio un salto y se fue junto a ellas.

El campesino sonrió, convencido de que tenía razón:

- Ya te lo decía yo, ella cree que es una gallina y se ha convertido en una gallina.

Pero la bióloga no se dio por vencida:

-No—respondió firmemente—Es un águila, tiene corazón de águila y siempre lo tendrá. Lo tenemos que intentar una vez más. Mañana volveré y la haré volar.

Al día siguiente, la bióloga y el campesino se levantaron pronto. Cogieron el águila, la llevaron fuera de la ciudad, lejos de las casas, en lo alto de una montaña. El sol salía y pintaba de rojo y dorado las cimas de las montañas.

La bióloga levantó el águila tan alto como pudo y le ordenó:

-Águila, ya que eres un águila, ya que estás hecha para volar y atravesar los cielos, abre tus alas y ¡vuela!

El águila, como las otras veces, miró distraídamente a su alrededor, y sin embargo esta vez empezó a temblar. Pero seguía inmóvil. Entonces la bióloga la cogió fuertemente y la puso en dirección al sol naciente para que sus ojos pudieran llenarse de su luz y de la inmensidad del horizonte, igual que hacen las madres con sus aguiluchos. El águila, poco a poco, dejó de temblar y empezó a respirar diferente. Y al cabo de unos instantes, empezó a estirar sus enormes alas y a abrirlas, y dando un salto empezó a volar hacia arriba, primero vacilante, y cada vez con más seguridad, hasta confundirse con el cielo infinito...”

Hasta aquí el cuento. Este cuento, como todos los cuentos, puede ser entendido de distintas maneras. Pero lo que no es, es una crítica a las gallinas. Pretende ser una imagen de los posibles límites y de las posibilidades de la hospitalidad en la comunidad.

La hospitalidad generalizada es la paz. La propuesta de Benito.

El abad de Nursia plantea la comunidad, las relaciones comunitarias, como parte de la estructura, del medio, para llegar al Reino que es el destino, destino que vuelve a ser la comunidad, las relaciones, ahora ya plenas, liberadas en Dios³. Recorrer este camino es mi trabajo como monja, mi ascesis, una ascesis que en

³ Esta idea procede del teólogo J.M. Rovira Beloso

palabras del teólogo Zizioulas, no es otra cosa que la apertura al amor.⁴ Este camino, dice San Benito se realiza en el interior del monasterio (RB 4, 78) y es un proceso de desprotección, de despojo, para renacer, desnudas, a nuestra humanidad más plena (RB 7). Un camino más duro cuantas más resistencias y protecciones construyo a lo largo de mi vida; más ancho a medida que lo voy recorriendo (Prólogo 48-49).

San Benito, nos cuenta San Gregorio en los Diálogos, ha sufrido la inhospitalidad de sus hermanos. Ha sufrido en su propia carne los efectos del rechazo y la exclusión. Y es testimonio de los conflictos que surgen entre sus monjes de procedencias tan diversas. Y sin embargo, cuando plantea la vida monástica no la plantea como una lucha con los hermanos de comunidad. El combate, que lo hay, es interior. Es verdad que Benito hace un gran esfuerzo de organización para facilitar la convivencia, pero presenta la vida monástica desde el prólogo hasta al final, como una búsqueda de paz. Benito nos propone “avanzarnos a honorarnos los unos a los otros”⁵, sostenernos las unas a las otras, para tener días felices⁶.

Benito nos invita con insistencia con el salmista a buscar la paz, a correr tras ella. Y esta paz la asocia a la vida y a la felicidad, a ver días felices. Y es que sabemos que la paz en su sentido bíblico es ausencia de conflictos, pero es más.

Paz, que es como traducimos la palabra hebrea *Shalom*, se refiere ciertamente a la comprensión pacífica entre personas y pueblos (1Re 5,26), es verdad, pero significa también prosperidad económica (Sl 73,3), salud corporal (Is 57,18), tranquilidad, descendencia y salvación (Is 45,7). La traducción de *Shalom* puede ser “paz” pero comprendida como plenitud o felicidad humanas.

Siendo así, nos encontramos que, de hecho, paz, plenitud o felicidad humanas, es el nombre que damos a aquel deseo que late en el corazón de toda persona. Llamamos paz o felicidad o plenitud a aquel anhelo u horizonte que lleva al ser humano a ir más allá de los contornos que le limitan, para trascenderlos. La paz es el futuro, el “aún-no” que late en nuestro interior esperando ser realizado. El deseo que no se agota.

Buscar la paz, la felicidad, es pues escuchar el latido más hondo del corazón humano, ser fiel al propio corazón y a su deseo. Buscar la paz y correr tras de ella es creer en la propia hondura, escuchar la propia voz y darle vida. Correr tras la paz es tomarse a una misma en serio, es confiar en la propia bondad, es optar por ser una con una misma.

Y la paz, además, nos dice Isaías también es el fruto de un tipo de relación, una relación de justicia: “El fruto de la justicia será la paz”, Is 32,17.

⁴ J.Zizioulas habla de ascesis como amor, como el proceso personal de trascender el individualismo y el exclusivismo y abrirse a la comunión, como el proceso de ser libre y de vivir en la naturaleza corporal como un medio de inclusivismo. La ascesis no es una *lucha contra*, sino un *ejercicio a favor de*, es el ejercicio de abrirnos al amor. En “Being as Communion. Studies on Personhood and the Church”, N.Y., St. Vladimir’s Seminary Press, 1985.

⁵ RB 72

⁶ Prólogo, 17

La teología bíblica define la paz, lo que *Shalom* significa para Israel como «la total armonía dentro de la comunidad y la creación, que, penetrada por la bendición de Dios posibilita un crecimiento libre y sin obstáculos de la persona en todos sus aspectos»⁷.

La paz, la felicidad es fruto, pues, de un tipo de relación que favorece un crecimiento libre y sin obstáculos de la persona en todos sus aspectos. Primero, es fruto de un tipo de relación y, por lo tanto, no es un estado personal, individual que podamos conseguir al margen de, o protegiéndonos de, o eliminando a otras personas. Al contrario, es lo que acontece al establecer una cierta relación con los demás. La paz, el bienestar no es algo que podamos poseer o adquirir, no viene de conseguir algo o porque las cosas sean de un determinado modo. La paz, la felicidad tampoco surge de trabajar mucho o por el éxito de lo que hago. La paz no viene de eliminar los problemas, o a las hermanas que los causan, sino que la paz viene de cómo me relaciono con ellas.

La paz, la invitación de Benito es pues, a la vez, la posibilidad de ser fiel a mi misma, de vivir mi propia coherencia y la posibilidad de hacerlo en relación con las demás. En relación con las demás, y aquí añadimos, pero no cualquier tipo de relación. Hay relaciones que dañan y las víctimas de la violencia de género son un claro ejemplo de ello. La paz es fruto de un modo de relacionarnos que favorece el desarrollo de cada persona en su globalidad. Un modo de relacionarnos que posibilita un crecimiento libre y sin obstáculos de la persona en todos sus aspectos. La paz no limita, no controla, no domina mentes, no adormece, no domestica personas. La paz es un tipo de relación que dinamiza la unicidad de las personas promoviendo sus capacidades.

La paz es incluyente o no es paz. No hay paz si alguien queda fuera. Si mi paz, mi fidelidad a mi misma me lleva a no responsabilizarme de mi hermana, esa supuesta paz personal no es tal. Estoy a medio camino, no he llegado aún. Si el tipo de relación que mantengo con mi hermana me lleva a desconectar de mi deseo profundo, esta relación tampoco promueve la paz, esta paz tampoco es tal.

El tipo de relación que promueve la paz es lo que aquí llamamos hospitalidad. La hospitalidad como aquella relación que reconoce a la persona, la acoge como es, cuidándola y acompañándola y permitiéndole caminar su camino, el camino de ser y llegar a ser quien ella es, quien cada una somos.

Apuntes de filosofía y psicoterapia humanista y experiencial. Eugene Gendlin y Carl Rogers.⁸

Eugene Gendlin (1926-2017), filósofo, nació en Viena en el seno de una familia judía. De joven vio como su padre tomaba decisiones que permitieron a su familia

⁷ Gross, H., «Paz» a Bauer, J.B.,ed., *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona, 1967,

⁸ Barceló, T., "La filosofía de lo Implícito de Eugene Gendlin" en *Miscelánea Comillas*, Vol. 66 (2008), n.129

escapar de la ocupación nazi y emigrar a Estados Unidos, mientras otras familias amigas no consiguieron salir del país. A Eugene le quedó la pregunta de cómo su padre había tomado las decisiones que les permitieron salvar la vida ya que tenía la misma información que los vecinos que no lograron escapar. Con esta pregunta, más tarde ya como filósofo en la Universidad de Chicago, su investigación le llevó a colaborar con el conocido psicoterapeuta Carl Rogers (1902-1987). De esta colaboración surgió un estudio que buscaba identificar lo que originaba el cambio en el proceso terapéutico, o sea, qué es aquello que hace que las personas que van a terapia cambien y mejoren su vida. Gendlin y sus colaboradores constataban que había pacientes que acudían a terapia y no experimentaban ningún cambio significativo mientras otros sí, y mejoraban. Resultó que lo que hacían estas personas que mejoraban tiene que ver con lo que hizo su padre para tomar las decisiones que le permitieron salvar su vida.

El equipo de investigadores liderado por Gendlin grabó centenares de entrevistas terapéuticas. Después de buscar la razón del éxito de la terapia en alguna habilidad del o la terapeuta, y en el tipo de terapia, se dieron cuenta de que lo que realmente explicaba que una persona cambiase o no en la terapia era una capacidad que ella tenía o no tenía. Al centrar el estudio en la persona del cliente, pudieron predecir con un 98% de acierto, a la primera o segunda entrevista, qué personas mejorarían su vida y cuáles de ellas no.

Las personas que no mejoraban eran personas que acudían a terapia y hablaban todo el rato. Generalmente eran personas con un discurso bien articulado, con frases bien formuladas y con facilidad de palabra. Las personas que sí mejoraban con la terapia, en cambio, eran personas con un discurso menos fluido, que llegaban incluso a frenar el relato como buscando las palabras para seguir, callando y emitiendo un sonido como un “mmm”.

Esta diferencia externa apuntaba a una habilidad interna. La investigación demostró que los clientes que cambiaban y mejoraban eran aquellos que tenían la habilidad de contactar con la sensación corporal de lo que estaban narrando, la habilidad de darse cuenta del modo como vivían interiormente lo que estaban explicando, en lugar de expresar solamente aquello que sabían o habían pensado del tema. El cambio terapéutico, o sea, el buen desarrollo de la persona estaba relacionado pues, con una habilidad: la capacidad de prestar atención y escuchar cómo nos afecta personalmente lo que vivimos. Y expresarlo.

Gendlin definió consecuentemente el concepto de salud. Una persona está sana, funciona adecuadamente, o sea, es feliz, cuando es capaz de escuchar su vivir interior, la experiencia interna de lo que está viviendo y expresarlo. La expresión puede ser de palabra, pero también puede hacerse a través de cualquier forma de arte o del modo cómo elegimos vivir nuestra vida. La disfunción aparece cuando la vivencia interior de una persona y su expresión se distancian o pierden contacto. Por ejemplo, cuando sistemáticamente digo y me digo que estoy bien aunque perciba en mi interior que algo va mal. El primer síntoma de esta desconexión interior aparece en el nivel de las relaciones humanas. Estas se vuelven más difíciles y tensas, se pierde la fluidez y aparece la desconfianza. Si no se hace nada

al respecto, el siguiente estadio de esta disfunción puede ser la manifestación de algún tipo de patología física.

Carl Rogers había definido al ser humano como un organismo autopulsado por una tendencia natural al desarrollo de sus cualidades inherentes. Vamos a verlo más detalladamente.

Cuando Rogers habla de organismo o de cuerpo, se está refiriendo a un organismo que está siempre en relación, un ser en relación. No existen cuerpos, organismos aislados. Los organismos siempre están interactuando con algo o alguien, son interacciones. Y afectan y se ven afectados por las relaciones que mantienen.

Asimismo, el organismo que es el cuerpo humano es como una red de relaciones en la que se alberga y se expresa el ser único de cada persona. En el cuerpo se vive toda la existencia, todas las relaciones y experiencias, es la expresión de la vida, del recorrido vital de cada persona.

Gendlin, más tarde, afirmaba que el ser humano cuando se vive desde dentro en lugar de vivirse por fuera, cuando es capaz de escuchar su cuerpo desde su interior, accede a una sabiduría que es más grande que la de su conocimiento mental. Al escuchar su interior, la persona accede a su yo más personal, único y original que es más sabio que lo que es capaz de pensar y, desde aquí puede recorrer el camino de ser quien es, ese camino único que solamente ella puede transitar.

Gendlin afirmaba, además, que este yo personal y único al que se accede escuchando el cuerpo desde dentro, la persona en profundidad, está en contacto con las otras personas, naturalmente en conexión con los otras personas y todos los seres. Afirmaba también que este yo vivido desde dentro está en un lugar muy concreto y en todos los sitios a la vez, en este momento, en el pasado y en el futuro. Este lugar interior que es el más íntimo y personal es a la vez el más extenso. Así, Gendlin, desde la filosofía expresa que nuestro yo personal está naturalmente en conexión con todos los seres vivos, todos los lugares y los tiempos.⁹ Cuando tomo decisiones en función de mi yo mental, necesito crear divisiones, clasificaciones, partes, competiciones, contrarios. Cuando entro en mi interior y accedo a mi yo verdadero, las divisiones desaparecen y hay una comprensión global, unificada de la realidad tan diversa. No es nuevo. Ya lo encontramos muchos siglos antes en el oráculo del templo de Delfos: “Oh hombre, concóctete a ti mismo, y conocerás a los dioses y al universo”¹⁰

Este organismo relacional, dice Rogers, es un proceso autopulsado. El ser persona es un proceso, es devenir persona, irnos convirtiendo en persona. Todo lo que vivimos forma parte del proceso más grande de ir siendo quienes somos. La

⁹ Tu yo interior, como te percibes desde dentro, “es de hecho parte de un sistema gigante de aquí y otros lugares, ahora y otros tiempos, tú y otras personas, de hecho, todo el universo.” Gendlin, E. T., *Focusing. Proceso y Técnica del Enfoque Corporal*. p.102

¹⁰ En su estudio clásico sobre el manejo del precepto delfico por la tradición patrística y medieval, Pierre Courcelle destaca todo este trasfondo en el “habitare secum” de San Gregorio Magno. Courcelle, P., “Connais toi même” de Socrate à Saint Bernard, *Études Augustiniennes*, Paris, 1975.

psicología humanista afirma que la salud es cambiar, la enfermedad es quedarnos estancados. Gendlin solía afirmar que la felicidad es lidiar con problemas nuevos (en lugar de arrastrar los problemas de siempre).

Este proceso de ser la persona que somos está dinamizado por una tendencia natural al desarrollo de sus cualidades inherentes. Rogers se basa en el concepto fundamental de que el ser humano—y después de adentrarse en la física cuántica con autores como Prigogine y Capra¹¹, añadió, todos los seres vivos incluidos los cristales—están dinamizados por una corriente subyacente que mueve el organismo a su equilibrio y realización positiva.¹² Eso es así tanto a nivel psíquico—cuando estamos tristes buscamos recuperar la alegría—, como a nivel físico—el cuerpo busca su sanación cuando sufre cualquier tipo de herida—, como también a nivel moral o de realización de cualidades—el ser humano busca naturalmente el bien.

Abraham Maslow había afirmado anteriormente sobre esta tendencia que dinamiza las personas: *“Si se le permite que actúe como principio rector de nuestra vida, nos desarrollaremos de manera saludable, provechosa y feliz... Esta naturaleza no es fuerte, dominante y inequívoca como es el instinto en los animales.. Es débil, delicada, sutil y fácilmente derrotada por los hábitos, presiones sociales y las actitudes erróneas al respecto. Aunque es débil, raramente desaparece en las personas normales y puede ser que no desaparezca tampoco en las enfermas. Aunque se la niegue, perdura calladamente presionando continuamente para salir a la luz.”*¹³

Así pues, esta tendencia, a diferencia de los instintos animales fuertes y dominantes que conocemos bien, es débil, delicada y sutil. Debido a estas cualidades es fácilmente ahogada por las normas de educación, costumbres sociales o actitudes erróneas. Pero, dice Maslow, aunque sea débil no se destruye fácilmente sino que perdura calladamente esperando poder salir a la luz y desarrollarnos de manera feliz.

Dar hospitalidad es acoger, acompañar, cuidar y dar espacio a la persona sabiendo que está habitada, dinamizada por un dinamismo positivo personal y único, que es frágil y delicado.

Este dinamismo interno, añade Rogers, es autopropulsado, y con esta expresión indica que la persona crece desde su interior, tiene su propia dirección interna. *Autopropulsado* significa que no requiere ser conducido desde afuera, sino que es un dinamismo intrínsecamente energético y dinámico. El proceso de ser se origina desde el interior de cada ser vivo. Lo vemos en las plantas y animales. La simiente

¹¹ Rogers estaba fascinado por el desarrollo de la teoría de los sistemas modernos y apoyaba la idea de un orden auto-organizado. Cuando dieron el Premio Nobel de Química a Ilya Prigogine, Rogers fue de los primeros psicólogos a escribir sobre la relación de sus teorías. “Person Centered Approach and System Theory: Research and Theory.” Cornelius-White, J.H.D., Motschnig-Pitrik, R., Lux, M.,ed.

¹² Barceló, T., “La teoría de lo implícito de Eugene Gendlin” Miscelanea Comillas Vol. 66 (2008), núm. 129., p. 413-438.

“Tu cuerpo sabe la dirección de la curación y de la vida”. Gendlin, o.c., p.103

¹³ Maslow, A., *El hombre autorealizado*, Barcelona Kairós, 1983, 30.

que cae en la tierra tiene en ella la información que le lleva a echar raíces, y después a desarrollar un tallo hacia el exterior y hojas que elaborarán la fotosíntesis. Este proceso es *autopropulsado* desde el interior de la planta y si desde fuera queremos forzar el crecimiento estirando la planta, lo único que conseguiremos es cortarla o matarla. Igualmente la crisálida que está dentro del capullo conoce todo su proceso hasta conseguir dejar el capullo y volar como mariposa. Si desde fuera queremos agilizar el proceso rompiendo el capullo, impediremos que la mariposa desarrolle la fuerza necesaria en sus alas que más tarde le permitirá extenderlas y volar.¹⁴

Así, la persona que funciona plenamente es aquella que elige dejarse guiar por la sabiduría que alberga su organismo y actuar en consecuencia. La persona que vive plenamente asume el proceso de su ser ella misma, se hace cargo de su modo único de ser ella, y lo lleva adelante.

Este camino, el proceso de ser persona, es autopropulsado y no requiere pues dirección externa, pero si que necesita facilitación. Una planta sin luz, agua y nutrientes no vive. Yo no puedo forzar su crecimiento pero sí puedo labrar la tierra, abonarla y regarla para ayudarla. Desde fuera no podemos forzar a nadie a la salud, al cambio personal o a la santidad porque el cambio procede de su interior. Pero si podemos facilitarlo. Y lo facilitaremos con una relación que reconoce la singularidad de la persona y se la recuerda, la valida, la cuida y le anima a caminar su propio camino. Esto es la hospitalidad.

La hospitalidad en la comunidad

La hospitalidad con las hermanas es pues esa relación que las reconoce, las cuida y las acompaña deseando y promoviendo que sean quien son y pueden llegar a ser.

Hemos visto que las relaciones con las demás empiezan a sufrir cuando la persona pierde la conexión, la confianza en su propio interior. La hospitalidad empieza a ser difícil cuando perdemos la conexión, la confianza con la otra y/o con nosotras mismas, y lo suplimos con nuestros análisis y juicios. Entonces, en lugar de ver y reconocer a mi hermana real, veo a la hermana de mis interpretaciones, una imagen de ella según mis miedos o exigencias. Y pierdo el contacto con ella, conmigo, y con la vida. Y por lo tanto, también con Dios.

Esta dificultad se une a la dificultad de lidiar con maneras de ser muy distintas. Benito lo sabe muy bien, “son muy diversos los temperamentos a los que debe servir”¹⁵ el abad. Los monjes tienen diferentes modos de ser y diferentes grados de inteligencia., cada uno con sus diferentes necesidades y capacidades.¹⁶

¹⁴ “Así, “una vez que la persona ha descubierto su fuente interna, el sujeto ya no puede ser suplantado por alguien, o por algo distinto, porque percibe con claridad que ningún otro puede conocer mejor que uno la propia vida así como los pasos de su posterior evolución. Uno está abierto a toda clase de aprendizajes, pero la evolución siempre procede de dentro.” Gendlin, E., “Focusing, proceso y técnica de el enfoque corporal” Bilbao, Mensajero, p.9-10.

¹⁵ RB 2, 31

¹⁶ RB 2,32; 8,3; 34.

Ya Evagrio Póntico, en el siglo IV, y hoy los profesionales del coaching más actuales nos recuerdan que la hospitalidad implica abrirse a un modo de ser y de percibir la vida distinto del mío. Cada una tenemos una biografía distinta, con entornos familiares, políticos, culturales y sociales diversos que condicionan nuestro modo de vivir y afrontar las circunstancias que acontecen. Y aún dentro de un mismo núcleo familiar, cada persona nace y desarrolla una manera única de ser. Hay personas más rápidas y otras más lentas en su modo de moverse, trabajar y decidir. Hay personas que necesitan entenderlo y explicarlo todo racionalmente, mientras que otras necesitan poder sentirlo profundamente. Hay personas más expansivas y extrovertidas, mientras que otras son más introvertidas y tímidas. Hay quien vive en el caos y quien vive entre listas y cuadros organizativos. Quien planea y quien improvisa. Quien sigue las reglas y quien le gusta saltárselas. Quien pide reconocimiento público y quien en público se esconde. Quien descansa en la soledad y quien descansa cuando está reunida con la comunidad.

Asimismo, una misma persona vive situaciones y momentos vitales diferentes según la salud y la edad o según cambian las circunstancias. Una misma persona puede vivir momentos de gran fortaleza y momentos de fragilidad. Momentos de rapidez y momentos de lentitud. Momentos para decidir y momentos para colaborar con la decisión tomada. Momentos para dar y momentos para recibir.

En el mundo empresarial se recuerda hoy una idea que San Pablo ya expresó brillantemente con su imagen del cuerpo humano (1Cor 12): somos un solo cuerpo formado por una pluralidad de miembros diferentes; todos son necesarios, y todos son buenos. Igual como no hay un tipo de órgano humano mejor que otro, tampoco hay un tipo de personalidad mejor que otro, sino que cada uno tiene sus características propias con las que contribuye al buen funcionamiento del cuerpo. Cada órgano necesita ser acogido, necesita su espacio y la correcta relación con el resto de órganos para contribuir positivamente, desde su particularidad, al buen funcionamiento del cuerpo. Añade San Pablo, Dios ha dado más honor a aquellos que más lo necesitan. Y los miembros que parecen más débiles son los más necesarios.

Acoger a mi hermana es reconocer quien es con su modo particular de entender la vida y responder a ella. Cuidarla y darle el espacio que necesita para caminar el camino de ser quien es. Y esto puedo hacerlo, si lo hago conmigo misma. Si no pierdo el contacto conmigo misma y confío y cuido mi modo de ser quien soy.

“Ama al otro como a ti mismo”¹⁷ no significa que le des al otro lo que te das a ti. Lo que para ti puede resultar de ayuda puede resultar nefasto para la otra, y al revés. Ama al otro como a ti mismo significa reconoce la unicidad y la libertad de la otra, el valor de la otra, como reconoces tu unicidad, tu libertad y tu valor, y permítele ser quien es como te permites a ti misma ser quien tú eres.

La hospitalidad es la capacidad de reconocer a la otra como otra y ofrecerle el espacio de mi relación, de mi amor, para que ella pueda reconocerse a ella misma, abrirse a la alteridad y reemprender el camino de ser ella misma.

¹⁷ Mc 12, 30; Mt 22,39; Lc 10.27

Hospitalidad hacia mi misma

No de menor importancia es la capacidad de ser huésped. La hospitalidad es también la capacidad de dejarme acoger, de permitirme ser cuidada y acompañada y liberada para recorrer mi propio camino. De hecho, la hospitalidad a mis hermanas solamente es posible si yo soy capaz de acogerme a mi misma y dejarme acoger.

“Ama al otro como a ti mismo” es a la vez un mandamiento evangélico y una constatación. Como mandamiento es la exhortación de Dios a amar a las demás así como me amo a mi misma; en nuestro caso, es la exhortación a acoger a las demás así como me acojo a mi misma puesto que ella y yo somos igualmente hijas amadas de Dios llamadas a amar. El amor, la hospitalidad, es un acto de libertad, es un acto ejercido por una persona libre, por lo tanto, por una persona que se sabe amada. “Ama al otro como a ti mismo” como constatación es la experiencia de que los límites que ponemos a nuestra capacidad para acogernos a nosotras mismas tal como somos, son los mismos límites que ponemos a acoger a las demás tal como son. Podemos dar hospitalidad a la otra en la medida que somos capaces de acogerla o dársela a nosotras mismas.

De la misma manera que la hospitalidad para con mi hermana es reconocer y valorar quien es—con su modo particular de entender y responder a la vida—cuidarla y permitirle el tiempo y el espacio que necesita para recorrer el camino de ser quien ella es, así, la hospitalidad conmigo misma es reconocer y valorar quien soy—con mi modo particular de entender y responder a la vida—cuidarme y permitirme el tiempo y el espacio que necesito para recorrer el camino de ser quien soy. Y la hospitalidad con mi hermana es posible en la medida que vivo la hospitalidad conmigo misma.

Hospitalidad de Dios

La hospitalidad a las demás y a mi misma termina, empieza y se nutre de la hospitalidad de Dios. No son etapas consecutivas, sino momentos relacionales que se dan simultáneamente como en una danza. Amamos en la medida que somos amadas y acogemos el ser amadas en la medida que amamos.

“Hemos preguntado al Señor, hermanos, quién es el que podrá hospedarse en su tienda, y le hemos escuchado cuáles son las condiciones para poder morar en ella: cumplir los compromisos de todo morador de su casa” dice Benito en el prólogo.¹⁸

Monja, finalmente es una mujer que busca a Dios y busca ser acogida por Dios. Monja es quien centra su vida en Dios mismo. La hospitalidad tiene un final, que es un nuevo principio, y el principio y el final de todo. De hecho, un nuevo nacimiento. Es el salto a la gracia, cuando quien acoge se sabe infinitamente acogida.

¹⁸ Prólogo 39

Nos cogemos de la mano de una experta no benedictina, Teresa de Jesús, para exponerlo. Sus superiores le piden que escriba un tratado para explicar el difícil tema de la oración, y ella lo hace, obediente, dirigiéndose a las monjas de sus monasterios, y a quien pudiera aprovechar¹⁹. Escribe el texto del Castillo Interior o Las Moradas donde asemeja el alma humana a un castillo y narra el proceso de la oración como el camino que va de los bordes del alma—o las rondas del castillo donde están los guardas sin saber qué hay en su interior, ni el valor de los grandes secretos que hay dentro del castillo—hasta el corazón del alma, la alcoba central del castillo que es la alcoba de Dios mismo, “en lo muy muy interior, en una cosa muy honda que no sabe decir como es porque no tiene letras”²⁰.

Para empezar, Teresa recuerda a sus hermanas “la hermosura y la dignidad”²¹ de la persona humana en su interior, lo que ella llama el alma, que es un castillo precioso que describe todo de diamante o de cristal muy claro donde Dios se hospeda, se goza y se complace.²²

Cuando Teresa de Jesús cuenta lo que sucede en el interior del castillo, en las séptimas moradas, respecto de lo que sucede en las moradas anteriores, repite una vez y otra, que es muy diferente.²³ A las *séptimas moradas* no se entra, es Dios que introduce el alma en ella, no se llega con sufrimientos y esfuerzos sino que el alma es recibida. Con Dios todo es gracia.²⁴ La hospitalidad de Dios se da a otro nivel, es Dios quien toma la iniciativa, hospeda el alma en su alcoba y no quiere dejarla²⁵, el alma ve a la misma Trinidad y la Trinidad se comunica con ella.²⁶

Teresa cuenta como entró en la morada de Dios por primera vez. Durante la eucaristía, después de la comunión, se le apareció Jesús a quien vio como después de resucitar, con gran esplendor y belleza. Jesús le dijo que a partir de ahora “sus cosas (las de Jesús) tomara ella por suyas y El tendría cuidado de las suyas”²⁷ y otras cosas difíciles de explicar, añade.

De repente, según su relato, todo se torna simplicidad. Los arrebatos místicos de la santa dan paso a una paz inenarrable que nada ni nadie puede perturbar. No hay

¹⁹ Prólogo, 5.

²⁰ Séptimas Moradas, 1.8.

²¹ Primeras Moradas, 1.1, 2

²² Séptimas Moradas, 1.1

²³ Idem., 1.7, 2.2, 2.4

²⁴ Idem, 1.6

²⁵ “Queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, (...) de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El de ella.” Idem, 2.4-5

²⁶ “La divinización está siempre concedida, pero nunca conquistada por el individuo”, dice Máximo el Confesor. S. Máximo comenta el verso paulino de “ya no soy quien vive, sino Cristo quien vive en mí”, y dice que esto “no implica una destrucción de la libertad sino un ‘abandono cognitivo’ en el contexto de un éxtasis erótico en el que uno vive la vida del amado, abrazado completamente y libremente por él. Ningún ser particular puede sobrevivir a la muerte, que es en realidad ser, excepto en y a través este tipo de comunión con el Otro.” Máximo el Confesor citado por J.Zizioulas en “Communion and Otherness: Further Studies in Personhood and the Church”, T&T Clark, 2006, p. 84-85.

²⁷ Séptimas Moradas, 2.1

levitaciones ni visiones, sino un abandono y una confianza totales de Teresa en Jesús. Pero no solamente de Teresa en Jesús, sino también de Jesús en Teresa.

Así, Teresa experimenta la hospitalidad de Dios como ese admirable intercambio en el que Dios la acoge y la libera pidiéndole y confiando en que ella le acoja y le libere a Él. Jesús acoge a Teresa, y Jesús resucitado pide a Teresa ser acogido por ella. Y así Teresa entiende que todo lo que tiene que ver con Jesús es asunto suyo, de Teresa, y todo tiene por nada si es por servirle a Él. Vive una paz profunda imperturbable. Esta paz, sin embargo, es envío, es lucha, porque todo lo que tiene que ver con Jesús ahora tiene que ver con ella. Habitada por el “dulce huésped”²⁸ no hay tarea suficientemente grande como para detenerla. Y recuerda a sus hermanas, con su estilo gracioso y directo:

“Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella (que parece no osan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido), me hace ver cuán poco entienden un camino por donde se alcanza la unión. Y piensan que allí está el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que, si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquella; ésta es la verdadera unión con su voluntad”²⁹

Para terminar

La hospitalidad es la relación por la cual el águila llega a reconocer su corazón de águila al enfrentarse a la luz del sol naciente y a la inmensidad del horizonte, y empieza a volar.

Y vuela porque este corazón late en su cuerpo de águila. El águila reconoce su corazón en el interior de su cuerpo e integra su cuerpo para volar. No vuela a pesar de su cuerpo. No es la negación de su cuerpo lo que le permite volar, sino al contrario. El águila vuela en la medida que la luz del sol llena sus ojos y acepta la invitación a saltar abriendo sus grandes alas y todas las posibilidades de su bello cuerpo.

La vocación monástica, como toda vocación humana, es una llamada que nace en la persona humana, con su cuerpo. A menudo la tradición monástica, sin embargo, junto con una parte de la espiritualidad cristiana, ha sospechado del cuerpo, sobretodo del cuerpo de la mujer. Sabemos que el cuerpo es importante y por esto utilizamos algunas posturas para rezar, y no otras. Sabemos que el cuerpo expresa nuestra relación con Dios. Pero a menudo nos cuesta creer que Dios vio su creación y vio que era buena de

²⁸ La tradición monástica oriental nos recuerda que el camino de la interioridad es el camino de apertura al Espíritu, al “dulce huésped” que nos habita.

²⁹ Quintas Moradas, 3,11

verdad, como dice el Génesis. Y en esta valoración no excluye al cuerpo humano. La vergüenza de nuestra desnudez aparece con la duda, con la sospecha hacia Dios, no surge de Su presencia, dice el relato. Siglos más tarde, San Pablo nos dice que nuestro cuerpo es templo de Dios. Ser templos de Dios quiere decir estar habitadas por Dios y animadas por Su espíritu para amar. Y necesitamos nuestro cuerpo para amar, como lo necesita el águila para volar. Jesús aprendió de los abrazos y de los besos de sus padres, de los hombres y mujeres que le siguieron y vivió y amó con su cuerpo. Dios nos libera para vivir plenamente, para amar, para que volemos. Con nuestro cuerpo.

No es la negación del cuerpo lo que evita los abusos sexuales y las relaciones no deseadas que se van descubriendo últimamente en nuestra iglesia por todo el mundo. Al contrario, creo que necesitamos poner luz sobre el tema de asumir nuestra corporalidad. Ascesis es abrirnos al amor afirma J. Zizioulas, ese amor de Dios que se ha encarnado y ha querido ser encontrado y expresado en el cuerpo humano, a través del cuerpo humano. Creo que en la vida monástica, tanto femenina como masculina, tenemos una reflexión pendiente sobre la hospitalidad que damos a nuestros cuerpos.

Maria del Mar Albajar-Viñas
Monestir de Sant Benet de Montserrat